



Laura respiró hondo mientras Jenny, su asistente, le acomodaba el vestido en el asiento del auto.

—Listo —dijo la chica y señaló al frente. Entonces, avanzó.

En cuanto puso un pie en la alfombra roja, las cámaras se dispararon. Una sonrisa magnífica apareció en su rostro para iluminarlo, todavía más que el vestido dorado que le había provisto un diseñador. Su larga cabellera rubia caía con gracia hasta su cintura, cubriendo parte del profundo escote de la espalda. La maquilladora había utilizado tonos en la gama del café y el estilista le había hecho un peinado suelto con ondulaciones.

Se ponía nerviosa antes de enfrentar a los fotógrafos y sus gritos desesperados por conseguir la mejor toma, pero en cuanto se convertía en el centro de atención, se sentía muy cómoda. La admiración del público le brindaba plenitud, y si las cámaras tenían interés en enfocarla, en parte era gracias a que todavía lo tenían las personas



anónimas que la veían a través de ellas. Era un círculo vicioso, una asociación. Los reporteros significaban un medio para mantenerse en vigencia. Los necesitaba a pesar de los paparazis, las críticas destructivas que a veces hacían y las preguntas capciosas, como ellos la necesitaban a ella para obtener ventas.

En cuanto comenzó a disfrutar de la exposición, los saludó con una mano. Luego la apoyó en la cintura y, un momento después, la unió con la otra delante del abdomen en una posición delicada. Giró hacia un lado y hacia el otro para hacer poses, siempre mirando a las cámaras. Aunque deseara protegerse de la fuerte iluminación del ingreso al hotel, evitó cubrir sus ojos para salir bien en las fotos.

En cuanto un organizador le hizo una seña, volvió a saludar y se retiró.

Ingresó al hall y se dirigió a las anchas escaleras de mármol que conducían al salón comedor. En el camino hasta su mesa, respondió con una sonrisa los saludos que algunas personas le hacían inclinando sus cabezas. No conocía ni a la mitad, pero resultaba evidente por qué ellos sí la conocían a ella.

Mesa diecisiete, repitió en su mente. Solía olvidar los datos que no le interesaban. Por suerte, su asistente recordaba todo con precisión. Era ella quien recibía las invitaciones, Laura decidía si asistía a los eventos o no. Ese en particular le convenía. Necesitaba que el congresista que lo organizaba la tuviera en cuenta para una donación.

En la mesa se encontró con una actriz, dos actores y un matrimonio de empresarios. Los saludó con amabilidad y se sentó en el lugar que tenía un delicado cartel con su nombre. Los primeros con los que entabló una conversación fueron sus colegas. Le preguntaron si ya había firmado un nuevo contrato y cómo le había



ido trabajando con el último director. Como todavía no podía develar que iba a ser la protagonista de *Desvanecido*, la siguiente producción de Lawrence Dalmazio, el aclamado director de ascendencia italiana, mintió diciendo que se estaba tomando un descanso. Por suerte era una buena actriz y la respuesta resultó creíble.

Dos mujeres más se sentaron a la mesa, completando el círculo de ocho personas. Enseguida sirvieron la entrada, pero a Laura no le interesaba la cena. Aprovechó una distracción de los invitados para extraer el móvil de su pequeño sobre dorado y le escribió a su asistente.

Jenny, necesito saber con quiénes comparto la mesa.

Conozco a los tres actores, averigua quiénes son los demás.

Participó de la conversación colectiva hasta que su teléfono vibró. Espió el mensaje mientras el camarero retiraba la entrada sin tocar y otro le servía el plato principal.

Melissa Stuart, hija del banquero Louis Stuart, y su amiga Amy.

El ingeniero Hart y su esposa. Él es un empresario metalúrgico de Texas. Ella es diseñadora de interiores.

Te cruzaste con Melissa en otro evento y ella te contó que amaba tu película *Terror en Light Street*.

Laura sofocó la risa y respondió:

¿Dijo que amaba esa película? ¿Qué clase de persona podría amar esa porquería? ¡Seguro me mintió para quedar bien! Gracias, Jenny.



Un empresario metalúrgico era justo lo que necesitaba.

Levantó la mirada y se concentró en la señora Hart. Ya había notado hacía rato que en su dedo refulgía un diamante Shwetz.

—¿Ese es un diamante Shwetz? —preguntó, haciéndose la desentendida. La conversación que se desarrollaba entre Melissa y uno de los actores terminó con su intervención.

—Sí —respondió la señora Hart, estirando la mano para que todos pudieran apreciar la joya—. Se lo compré a Andriy Shwetz en persona en mi último viaje a Suiza.

—¿Y le contó cómo obtiene la materia prima para sus joyas?

La mujer sonrió con vanidad.

—Nos mostró sus talleres en un recorrido exclusivo.

—Seguro que no tuvo problema en explicarle con lujo de detalles cómo transforma los diamantes en piezas de joyería, pero yo le pregunté si le contó cómo los obtiene. Está probado que le compra diamantes a la mafia de Sierra Leona, en África Occidental. Esas organizaciones de extracción artesanal esclavizan a las personas, incluso a niños que trabajan en condiciones de explotación. Quizás a usted le interese cambiarse de bando y ayudar a esas personas en lugar de seguir enriqueciendo a Shwetz y, con eso, contribuyendo al mercado ilegal sostenido por gobiernos corruptos.

Laura percibió las miradas incendiarias sobre ella, pero estaba acostumbrada a que la creyeran una activista insoportable y, a decir verdad, le importaba muy poco. Se debía a su público, no a los empresarios ni a los políticos. La fama le daba poder, y eso solo se lo otorgaba la gente.

—Existe una fundación que patrocina y que lucha para que... —continuó.

—Un momento —la interrumpió el ingeniero, alzando una mano—.



Nosotros no tenemos la culpa de lo que haga Shwetz. Dónde consigue los diamantes es su problema.

–Además, esos pueden ser mitos –añadió la señora, restándole importancia a la versión de Laura.

–Para los esclavos, no es ningún mito –defendió Laura.

–Por favor, déjenos cenar en paz –ordenó el señor Hart, y enseguida cambió de tema–. ¡Esta langosta está tan mal preparada!

La indiferencia del matrimonio logró exasperarla. Se levantó sin condescendencia, aferrando su pequeño sobre de mano.

–Disculpe, pero yo no puedo comer una langosta “tan mal preparada” mientras un mafioso está cortando las manos de un niño porque no le llevó diamantes para venderle a Shwetz. Con permiso.

Se retiró de la mesa y se fijó en su siguiente objetivo. Ya había notado mientras intentaba mover las estructuras de la señora Hart que el congresista de su interés había desaparecido por un pasillo, así que se plantó ahí. Esperó a que regresara y, en cuanto lo vio, se le aproximó aun a pesar de su agente de seguridad. Si necesitaba uno, algo habría hecho.

–Senador Wilson –dijo.

–¡Laura Hamilton! –exclamó el hombre haciendo un gesto de asombro–. ¿Quién la invitó?

Laura le devolvió una sonrisa tan poco real como el tono amable de él.

–Seguro que fue su director de campaña. Mi imagen le debe resultar beneficiosa para usted y, como yo necesito algo también, digamos que favor con favor se paga.

Wilson rio y apoyó una mano en el antebrazo de Laura, fingiendo que mantenían una conversación cordial.

–Laura... –murmuró.



Ella sabía que él se la quitaría de encima, así que no lo dejó hablar.

–La ataxia espinocerebelosa es una enfermedad que afecta a dos de cada cien mil habitantes. Las personas que sufren de este trastorno padecen perturbaciones en el sistema nervioso que les ocasionan fallas en el control muscular.

–¿Comenzaste a estudiar medicina? –intentó bromear él. Laura continuó sin prestarle atención.

–Eso se traduce en el andar tambaleante, problemas para controlar la amplitud de los movimientos, la disminución del tono muscular y dificultades para hablar y para fijar la mirada. La calidad de vida de las personas con ataxia espinocerebelosa disminuye considerablemente, como así también sus posibilidades económicas. Una de las organizaciones que patrocino financia las investigaciones para encontrar una cura. Necesitan...

–Este no es el momento ni el lugar –la interrumpió Wilson. Para tener apenas veinticuatro años, esa actriz era una piedra en el zapato. Terca y persistente como ninguna–. Entréguele una propuesta escrita a mi secretaria o pídale una entrevista en mi despacho.

–Se la enviamos hace un año y siempre nos la niega. ¿Usted cree que me gusta venir a fiestas políticas?

–Disculpe, tengo que dar un discurso. Llame a mi secretaria.

Laura suspiró, viendo una nueva espalda que se volvía hacia ella con la indiferencia del poder. Había sido una noche improductiva.

“Estoy saliendo”, informó a Jenny por chat, y se dirigió a la salida.

No atravesó la puerta hasta que vio el BMW negro que conducía su chofer. Quería evitar la obligación de detenerse ante los reporteros y responder por qué se retiraba tan temprano. Jenny bajó a buscarla y la ayudó a subir al vehículo tan rápido como les fue posible. Arrancaron enseguida.



Una vez que pudo relajarse en el asiento, echó la cabeza atrás con los ojos cerrados.

—El malnacido de Wilson me envió a presentarle un proyecto escrito a su secretaria y a pedirle una cita —le contó a Jenny—. Los políticos tienen la obligación de servir al pueblo, pero son los primeros en lavarse las manos. Siempre hacen lo mismo, estoy cansada de todos ellos. Por otro lado, la esposa de ese empresario metalúrgico estaba usando una sortija con un diamante de Shwetz. ¿Por qué nadie me cree cuando digo que le está comprando a la industria de extracción ilegal?

Ante el silencio de su asistente, enderezó la cabeza y abrió los ojos para mirarla. La encontró ensimismada en el teléfono.

—Te estoy hablando —dijo—. ¿Qué haces?

—Estoy subiendo una fotografía de hoy a tu cuenta de Instagram. Alguien tiene que mantener tus redes sociales activas.

—¿Siguen apareciendo *haters*?

—No existen redes sociales sin *haters*. Son como la aguja y el hilo.

Laura le quitó el teléfono de las manos y observó la foto que Jenny acababa de subir. En ella estaba delante del fondo negro con el logo de la campaña de Wilson.

—No quiero que me asocien con él —advirtió.

—Está primero en las encuestas.

—Pero es un cretino.

Como ya había cientos de me gusta y comentarios, leyó algunos. “¡Te amo!”, “¡Eres tan grande!”, “Por favor, saludame”, “Te admiro mucho”. Emoticones con corazones, aplausos, rostros enamorados. Nadie parecía haber notado que se hallaba en un evento político. Estaba segura de que ni siquiera leían la descripción de la imagen, solo la contemplaban a ella. Predominaban los mensajes de aliento, pero



nunca faltaba el odio, por eso ya casi no miraba sus redes sociales. “Eres la peor actriz que vi en mi vida”, “Lo que más me gusta de ti son tus tetas. Oh, pero ¡no tienes!”, “Está tan gorda”.

–¿“Gorda”?! –repitió en voz alta. Lo que más le molestó fue que el comentario provenía de una chica.

–¡Dame eso! –exclamó Jenny y le arrebató el teléfono–. Y, para tu información, sí escuché lo que dijiste.

–¿Y qué piensas?

–Creo que deberías dejar de remar contra la corriente, por lo menos en las fiestas. Intenta pasarlo bien.

–¿Rodeada de hipócritas? No, gracias.

Se despidieron en la puerta de la casa de Laura en Beverly Hills.

En cuanto entró, atravesó la enorme sala decorada en azul y negro y subió las escaleras para ir a su habitación. Se quitó el vestido y lo envolvió con una nota para que su empleada se lo restituyera al diseñador al día siguiente. Arrojó los zapatos en un rincón del vestidor, guardó las alhajas en una vitrina y fue al baño. Se desmaquilló, se sujetó el pelo en una coleta y, al salir, la soledad la apabulló.

La casa estaba a oscuras. Solo la luz del jardín con piscina entraba por los ventanales, el silencio era abrumador. El ruido del éxito era estridente; le costaba asimilar el cambio brusco cuando ingresaba a ese lugar en el que no era nadie, o más bien era ella misma. Para mantenerse en la industria había que ser fuerte. Mucho más para defender causas que a nadie le importaban. Y la vorágine de halagos y admiración le provocaba terror. El terror de perder todo eso que la llenaba.

Sintió un hambre descomunal. Llevaba tres días casi sin alimentarse, procurando caber en el vestido que le había preparado el diseñador. Tenía tiempo hasta la prueba de vestuario de *Desvanecido*,



así que hizo un pedido por internet para no molestar a su ama de llaves tan tarde. Pagó con tarjeta de crédito y esperó a que llegara el delivery haciendo zapping por los canales de televisión. Se detuvo en cuanto su imagen apareció. La internauta anónima que le había dejado el comentario acerca de su figura tenía razón: se veía gorda.

Se veía gorda y acababa de pedir comida.

Justo en ese momento sonó el timbre. Se debatió entre atender o dejar que el chico se fuera. Temió ocasionarle algún problema, así que respondió por el portero eléctrico. Le pidió que dejara el pedido en la puerta con la excusa de que enseguida lo retiraría. No tenía ganas de salir en pijama y que él le preguntara si era Laura Hamilton. Por lo general, le creían cuando respondía que solo era muy parecida y que la confundían con la actriz con frecuencia. El “¡Ja! ¡Ojalá lo fuera!” resultaba creíble la mayoría de las veces. Esa noche, por extraño que pareciera, no tenía ganas de actuar.

–Laura, ¿necesita algo? –le preguntó el ama de llaves, ciñéndose el salto de cama blanco a la altura del pecho.

–No. Gracias, Ruth. Descansa –respondió.

Espió por la pantalla que mostraba las imágenes de la cámara de seguridad hasta que el chico se fue mientras volvía a pensar en el hambre que sentía y, a la vez, en que no debía comer. A decir verdad, no faltaba tanto para la prueba de vestuario; la vestuarista la mataría si había engordado. Además, estaban los comentarios. Si más personas comenzaban a pensar que era fea, perdería una buena porción del público que solo admiraba su físico y, con ello, parte del éxito que le permitía seguir actuando, vivir de lo que amaba y defender causas nobles. La fama le daba inmunidad, además de poder.

Apretó los puños en un intento por dejar de sentirse culpable. *Harás dieta unos días y todo estará bien*, pensó. Pero no fue suficiente.



Pidió un auto con la línea laboral del móvil e indicó en la aplicación que el chofer debía recoger un paquete en la puerta y entregarlo a un mendigo.

Prefirió irse a la cama e intentar dormir para no sentir hambre. Le esperaba un día muy largo.



★ ΦΟΣ ★

— **L**aura, cuéntanos —solicitó el reportero—. ¿Tienes alguna rutina antes de interpretar a un personaje?
—Laura sonrió con los ojos iluminados.

—Oh, sí, por supuesto —respondió—. Suelo preparar los personajes investigando a gente a la que le haya ocurrido algo parecido. Siempre es interesante entrar en contacto con las personas que están detrás de las historias que representamos; ponernos en su piel implica conocer sus motivaciones, sufrimientos y preocupaciones.

El reportero bajó la cabeza con los labios apretados.

—Gracias por contarnos esas experiencias, pero en realidad me refería a una rutina física: ejercicios, dietas... Cada personaje requiere de una preparación diferente. Y tú has protagonizado películas de terror, acción, suspenso, drama... No todos implican la misma exigencia corporal.

—Ah —masculló Laura. ¿Por qué se había ilusionado con que

